

La intoxicación informativa

UNB
Goy 17 0285
Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Noticia —de “noscere”— significa, en su mejor y originario sentido, conocimiento, noción más o menos profunda de una cuestión, de una cosa. Supone poseer antecedentes, datos y hasta detalle sobre aspectos de una ciencia, un arte, una política o de otros muy variados saberes, disciplinas o temas. Pero, con el tiempo, este significado derivó hacia otra acepción, hoy mucho más corriente. Noticia se emplea como comunicación, por diversos medios, de un suceso, de una novedad muy reciente, que acaba de producirse, que se está produciendo en cualquier parte del mundo, ahora mismo, e incluso, y casi perversamente, que se va a producir. Todo esto, claro está, a criterio del comunicador.

Este carácter de urgencia que connota hoy en día la palabra noticia ha desplazado el sentido de saber, y lo ha sustituido por el de emitir o recibir mera información, muchas veces no contrastada y casi siempre parcial.

A gran parte de la gente le interesa mucho más estar informada de gran cantidad de sucesos que ocurren a diario que tener una noción más reposada y razonada de por qué acontecen determinados hechos, a qué causas responden y a qué desenlaces pueden conducir.

Elegir la acumulación de sucesos

EL DATO
y el chisme se
confunden en un caldo
inconsistente,
fácil de digerir

inconexos, las más de las veces carentes de interés, resulta así más apetecible, para muchos, que conocer y reflexionar sobre situaciones o conflictos de una mayor hondura que atañen al presente o al futuro de una ciudad, de un país o de toda la humanidad.

El celo, el esfuerzo por conocer el

significado de las circunstancias que rodean actualmente nuestra vida, cede paso a la facilidad de recibir la anécdota, como un mensaje publicitario más: leer los titulares de la prensa, ver y escuchar noticiarios veloces...

Radio y televisión, especialmente, favorecen las necesidades de una sociedad que, en buena parte, se ha convertido en un inmenso lavadero público en donde el dato, el chisme, el resultado de un encuentro deportivo, la última boda de quien sea, el atentado terrorista más cruel, la fusión bancaria de moda, la detención de un violador y el talante moral de una autoridad religiosa se confunden en un caldo inconsistente, fácil de digerir y, por tanto, fácil de volver a ser suministrado a la concurrencia.

Y así, a causa de la desinformación que produce el exceso de información indiscriminada que empaqueta el cuerpo social, ocurre tener que oír, por ejemplo, de labios de gente que se considera o que se expresa como conservadora, que ya va siendo hora de que los integristas liquiden de una vez a los pérfidos defen-

sores del régimen de Egipto, o bien aguantar la repetida paliza de personas que dicen ser progresistas y que afirman que, para la buena conducción de un país, los partidos políticos, y especialmente los que gobiernan, deben ceder el volante y hasta el cambio de marchas a los sindicatos; así, sin más.

De poco sirve argumentar, a unos, que la barbarie, el pillaje, la intolerancia religiosa, política y social, y el regreso a una situación medieval y precapitalista, basada en el saqueo, el reparto y el truco de un posible botín, es lo que ya están poniendo en práctica, en el derrotado Irak y antes en Irán, las fanáticas tribus y sectas islámicas.

Y de menos sirve todavía explicar, a los otros, que el poder político en manos de los sindicatos suele conducir, como en Argentina con la CGT y como antes en otros lugares, a la corrupción, al desgobierno, a la bancarrota y a la dictadura.

Pero el caldo está servido, y así el ciudadano puede ir tirando sin necesidad de pensar, sin peligro de que adquiera el funesto vicio de discutir. ●